

La vida contemplativa

La mayor preocupación de Filón es la idea, de una vida filosófica perfecta, en la que el alma, entregada constantemente a la meditación de lo infinito, se absorbiera en el objeto de sus meditaciones, elevándose por encima de todos los cuidados materiales. Los esenios de Palestina realizaban hasta cierto punto este programa, y Filón sentía gran admiración hacia ellos. Dudoso es que hubiera ascetas de aquella clase en Egipto, pero Filón soñaba con ellos, lo cual le indujo a componer el tratado de la *Vida contemplativa*, cuyo giro es tan singular, que no se sabe si tiene en su fondo alguna realidad.

Las reuniones de personas dedicadas a esa vida (o *terapeutas*), según la descripción que hace Filón, no eran monasterios como los de Occidente ni series de chozas contiguas: se parecían más a los conventos del Monte Athos. Las cabañas de una gran sencillez, provistas de esterillas, estaban bastante alejadas una de otras, para que los solitarios no pudieran molestarse y bastante cercanas para que pudieran ayudarse en caso necesario. En cada una había un oratorio llamado *semneo* o *misterio*, y allí realizaba el solitario los actos más sagrados de su vida religiosa, como lectura de la Ley o los Profetas, de los salmos y otros libros sagrados. Las mujeres podía entrar en la orden. Conservaban una virginidad rigurosa, ocupadas únicamente, como los hombres, en meditar la Ley.

A lo largo de seis días de la semana no salían ni un momento de su celda. El séptimo día se reunían en un *semneo* común, dividido en dos

por medio de un tabique de tres o cuatro codos, para que sin promiscuidad de sexos se reunieran las voces de hombres y mujeres.

Estaban sentados en actitud de recogimiento los cofrades, el de más edad, o más conocedor de las doctrinas hablaba con gravedad y sencillez. Después del servicio religioso se daba algún descanso al cuerpo, comiendo pan sazonado con sal. La fiesta mayor era la de Pentecostés, y en ella se juntaban, vestidos de blanco, para departir sobre un tema teológico-filosófico. Luego se cantaban himnos y se sentaban a celebrar el festín sagrado. No había en éste ningún manjar sangriento. Nada más que pan, sal e hisopo para los gastrónomos. No se bebía vino, sino agua pura, sirviéndola tibia a los ancianos necesitados de cuidados.

Al terminar la comida se verificaba la vigilia sagrada. Todos se levantaban y agrupaban en medio de la sala, formando un coro de hombres y otro de mujeres. La persona más respetable y más ejercitada en la música dirigía cada uno de ellos. Se bailaba una danza sagrada, acompañada de himnos cantados en parte con antífonas y responsos.

Ignoramos si todo eso es serio, ni si Filón, en esas páginas singulares, describe un ideal o una realidad. ¿Existieron realmente aquellos terapeutas del lago Mariut (de quienes sólo él ha hablado), o no es todo ello más que una Salento ideal, la pintura de un paraíso destinado a edificar y a encantar? Difícil es responder de una manera absoluta. El fondo de la novela terapeuta está tomado de los esenios, pero con importantes correcciones.

¡Poesía y verdad! Ése es el tratado de la vida contemplativa, libro en esencia subjetivo, mezcla caprichosa de verdad y rasgos fugitivos, sin consistencia, que dilatan la obra de imaginación, novela filosófica, o, si se quiere, cuadro hecho por un hombre que veía el mundo a través de sus sueños. Éste era el caso de Filón. Sus terapeutas son todos Filones, nobles, corteses, llenos de antipatías contra los pedantes groseros. En ninguna parte se nota al pueblo, a la muchedumbre laica; ésta nunca existió seriamente. La gente bien educada que se hubiese encerrado en el convento descrito por Filón, habría muerto en pocas semanas de inacción y neurosis. Filón, con algunos elementos reales tomados a los esenios de Palestina, trazó un cuadro que la historia no puede aceptar como un documento verdadero. En la exposición del esenismo, no hay que usar para nada el *Tratado de la Vida contemplativa*. Hasta el nombre de terapeuta debe desterrarse de la historia del judaísmo, por designar un instituto distinto, que existió fuera de las aspiraciones de Filón. Lo que resalta en esas pesquisas singulares, es el retrato del mismo Filón, con sus más finos matices, hombre de mundo, delicado, corazón excelente, amante del bien y la verdad, una de las almas (como Spinoza) más especulativas y desinteresadas que han existido.

Son muy parecidos los terapeutas de Filón y los monjes cristianos; no hay identidad entre unos y otros, pero el principio era el mismo. Los cartujos han realizado lo que soñaba Filón a orillas del lago Mariut. No se ha desarrollado en el cristianismo nada que no tuviera sus raíces en el judaísmo durante los siglos I y II antes de J.C.